

Guatemala y México: *del mestizaje a contrapelo*¹

Mauricio Tenorio Trillo

0

México es el Estados Unidos que no cuajó y la Guatemala que hubiera podido ser. Esta es la conclusión aventurada a la que puede llevar un vistazo al alimón de las historiografías de México y Guatemala. Esto es, que Estados Unidos es lo que México siempre quiso ser y que el Estado mexicano posrevolucionario era lo que Guatemala hubiera querido ser. Hoy también se oye que, en términos de racismo, Guatemala es lo que México es pero no acepta ser. Tal negación, se dice, se basa en el embuste aquel del mestizaje. Entre México, Guatemala y Estados Unidos, pues, un juego de espejos.

Pero eso sí, hoy, el mestizaje es el villano en los tres países: es “genocidio” –porque borró a las comunidades negras e indígenas en las Américas– o es una ideología neoliberal de Estados “ladinos”. A veces también es evocado como un término lindo para defender aquí y allá la diversidad y la certeza de que existen razas, etnias o culturas distintas que de alguna manera sobreviven en sus purezas.

Creo que hay que ver con miradas cruzadas. Si desde el “mestizo” México se observa a Estados Unidos, se descubre allí una nación tan empíricamente mestiza como México, pero partida por *the color line*. La nación más mestiza del mundo aún ve en blanco y negro. Sin embargo, también es cierto que, desde la perspectiva del pasado y presente de Estados Unidos, México no aparece como necesita-

¹ Una versión de este trabajo fue presentada en el coloquio “México-Guatemala. Estado y Ciudadanía”, organizado por PROIMMSE, UNAM, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, agosto 24-25, 2005. Agradezco los importantes comentarios, las sanas burlas y las serias desavenencias de Demetrio Cojtí, Ramón González, Miguel Lisboa, Irma Otzoy, Rigoberto Quemé e Irma Alicia Velásquez.

do de ser Estados Unidos. Ya lo es y lo ha sido por algún tiempo: es la misma historia, la misma gente, distinta suerte, igual destino, tanto como Guatemala. Y desde la historia guatemalteca, los problemas raciales mexicanos no revelan una “guatemaltequidad”, un rezago histórico en enclaves geográficos donde no se cumplió el destino de denominación de origen “México”. No. México constituye la misma problemática histórica que Guatemala pero con distintos resultados: acumulación de éxitos y fracasos en la formación de una nación y un Estado repleto de desigualdades. En suma, tanto tiempo hemos sido la misma historia que sabemos a la misma cosa, aunque no seamos lo mismo.

El mestizaje es un buen pivote de análisis para este calidoscopio de problemas raciales, dado que es la punta del iceberg de la crisis de la idea del Estado mexicano. También el mestizaje es el eje de discusión en Guatemala después de la firma de los acuerdos de paz y del reconocimiento constitucional de la diversidad nacional. Caer de nuevo en el mestizaje, por lo demás, nos recuerda qué tanto somos contemporáneos del fin del Estado de bienestar, en México y Estados Unidos; cuán coetáneos somos del *identity politics* estadounidense, de lo ocurrido en Bosnia, Ruanda, el País Vasco, Chechenia, Irlanda y Guatemala, de la pérdida del *glamour* revolucionario de Cuba, Nicaragua y El Salvador. Nos recuerda una vez más cuál es el fantasma que recorre, literalmente, al mundo: la migración.

Lo que quiero transmitir es, si polémico, simple y parte de lo concreto (México) para acometer lo más general: el siglo XXI también girará alrededor de ese viejo y gran embuste, la raza. ¿Qué hacer frente a la evidencia social, frente a la inercia intelectual que revela a la raza como nuestra obcecación perenne? El argumento es llano, pues, aunque dilatado:

1. En México el mestizaje está en crisis como proyecto nacional de igualdad y desarrollo. Ya no funciona.
 - 1.1. El mestizaje, sin embargo, es un hecho innegable, sin valor ético o político.
 - 1.2. La ideología mestizofílica del Estado pos revolucionario fue un embuste tremendo: ni todos fueron iguales ni se acabaron los problemas de raza.
 - 1.3. Como solución a los problemas de desigualdad, desarrollo, educación y pobreza, el embuste del mestizaje en México fue, hasta fines de la década de

1970, uno de los más exitosos experimentos ideológicos mundiales de inclusión social, redistribución de servicios y oportunidades y canalización del poderío de esa otra gran mentira, la raza. Aunque fue una ideología racial, constituyó ante todo una trampa retórica para no tener que hablar de la raza.

- 1.4. El mestizaje significó, sí, *desindianización* a cambio de una política de orgullo indigenista. También significó –muy importante– una *descriollización*. Es decir, la lucha por una esfera intermedia de medias tintas raciales, económicas y sociales. Ni una ni otra cosa fue del todo alcanzada, pero el logro fue que México significara una afiliación posible y aceptable para amplios sectores de la población.
- 1.5. ¿Qué sigue? El mestizaje fue por tanto tiempo sinónimo de México que la crisis del término invita a reformular el vocablo “México”.
2. Guatemala y Estados Unidos constituyen dos ejemplos de sociedades irremediablemente “mestizas”, las cuales, no obstante, recurrieron a varios embustes ideológicos para lidiar con ese pesado entrevero, la raza; prevaleció la creencia en, y la institucionalización de, *the color line*: de un lado, indio-ladino; del otro, blanco-negro.
 - 2.1. La raza en Estados Unidos fue, hasta 1964, un argumento codificado legalmente. Es decir, una institución, de la misma manera que en México lo fue el mestizaje, como trampa para no tener que hablar de razas (todo es mezcla, *ergo*, hablemos de otra cosa). Repito: ambos eran embustes, con distintos resultados.
 - 2.2. En Estados Unidos el descubrimiento de la diversidad y el multiculturalismo, en las postrimerías del siglo XX, constituyó el experimento social más interesante desde las enmiendas constitucionales de la década de 1960, encaminadas a atacar el problema de la “raza”. Sin embargo, fue y es un experimento que refuerza la mentira: la existencia no sólo real sino necesaria de razas, etnias, culturas, tradiciones e historias prístinas, puras, claramente distinguibles, defendibles y de alguna forma esenciales.
 - 2.3. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, Guatemala experimentó con el racismo más o menos institucionalizado –jamás tan claramente como en Estados Unidos–. Un débil Estado liberal permitió y/o reforzó la solidez de una élite criolla *ladinofilica* y de una indígena *ladinofóbica*.

- 2.4. Guatemala practicó el experimento *mestizofílico* a la mexicana, especialmente a partir de la década de 1940; el fracaso de este experimento reforzó la dicotomía ladino vs. indígena. El experimento no fue sólo del débil Estado sino también uno de resistencia y adaptación de elites indígenas y pueblo llano, indígena y no indígena.
- 2.5. En Guatemala la derrota militar e ideológica del experimento revolucionario de las décadas de 1970 y 1980 (la guerra), si bien creó lo hasta entonces inexistente, una causa común entre algunos ladinos e indígenas, acabó en una renovada visión, pos 1989, pos marxista, de la dicotomía ladinos vs. indígenas.
- 2.6. La diversidad y el multiculturalismo han sido institucionalizados en Guatemala, al igual que en Estados Unidos, como un espacio de participación hasta ahora desconocido. Sin embargo, una vez más el multiculturalismo resulta una argucia para tapar la larga creencia en esa otra mentira, la raza. Como en Estados Unidos, en Guatemala el último experimento refuerza la existencia de razas, etnias y culturas “ciertas” y necesarias, ya para el Estado multicultural, ya para los movimientos indígenas.
3. En cuanto a la raza, la experimentación nunca fue local.
 - 3.1. Ayer, esclavitud, historia y ciencia iban y venían por el mundo haciendo de la raza la institución que es, la desigualdad que nos derrota, la cárcel de la cual no salimos.
 - 3.2. Hoy no hay Estado o movimiento *identitario* que, por local que se asuma, no sea parte de la circulación mundial de problemas y soluciones relacionados con la raza.
 - 3.3. Prevalece la creencia en la raza vía la diversidad, una visión muy marcada por el gran experimento mundial que significa Estados Unidos, un experimento extremadamente viciado por el, en apariencia, insuperable “blanco-negro” estadounidense.
 - 3.4. Los experimentos se entrecruzan y se asemejan en México, Guatemala, Estados Unidos y otras partes del mundo; lo que varía radicalmente es la riqueza. Por un lado, Estados Unidos, un mercado identitario dentro de la relativa riqueza; por otro, México, un mercado identitario en un país

relativamente rico pero inmensamente desigual; y más allá, Guatemala, el mercado identitario en un Estado débil, un país pobre y desigual.

4. ¿Y si todos toman juntos al toro por los cuernos? ¿Cómo?
 - 4.1. El pensamiento social de hoy, al menos en América y Europa, es más de la raza que la raza una ideación nuestra. Una idea que es prisión.
 - 4.2. ¿Estaba tan mal el mestizaje como mentira posible para neutralizar otra mentira más poderosa? No si mestizaje es ideología de dominación racial. Pero el mestizaje es un hecho que puede ganar utilidad para procurar que sigamos enfermos de raza sin morir de ella.
 - 4.3. Puede dotarse al mestizaje, innegable, irrefrenable e incluso deseable –el no mestizaje es una tragedia mayor– de contenido esencial: poder de redistribución de riqueza, oportunidades, esperanzas... a la escala en que nos movemos, es decir, a la *de facto* integración económica y humana entre Centro y Norteamérica.
 - 4.4. El mestizaje puede convertirse en el truco retórico, político y ético para dismantelar la existencia de las diferencias *civilizacionales* (anglo vs. latino, occidental vs. no occidental) en la región; diferencias que no sólo impiden la aceptación de lo evidente (la total integración humana) sino también el serio compromiso y la redistribución de los más ricos hacia los más pobres, dentro de Estados Unidos, Guatemala y México, y entre los tres.
5. Es la redefinición, global, penosa, pragmática, delicada, del mestizaje la única mentira que, por un lado, existe, y que, por otro, minimiza la fortaleza de la otra gran mentira que lleva siglos de llenarnos la cabeza y de vaciarnos el corazón y la bolsa, la raza. Q.E.P.D.

1

Una anécdota. Primera parte: en 1989 reseñé un libro que marcó mi trayectoria intelectual, *Las transformaciones del liberalismo mexicano a fines del siglo XIX*, del historiador Charles A. Hale. Era una suerte de diagnóstico –a la Tocqueville o a la Halévy– de México. Hale mostraba cómo los liberales mexicanos hicieron toda

suerte de trampas pragmáticas a las teorías y a las prácticas liberales y científico-raciales para crear la idea de una nación moderna, de un Estado fuerte y legítimo, interna y externamente, a pesar de ser trópico y mezcla racial. Hale hablaba del liberalismo decimonónico como de un mito unificador en el que ya se incluía un cierto indigenismo y una clarísima mestizofilia, aunque todavía esperanzada en el *blanqueamiento*. Más que una historia de afrancesados mexicanos, la de Hale era una trama de pragmatismo político y de creatividad intelectual.

Segunda parte: quince años después de escribir esa reseña, la vida nos juntó en Austin, Texas, a don Charles A. Hale, a mí y a Charlie Hale (Charles R. Hale), hijo de don Charles, cobijados por la amistad de muchos años. Ahí Charlie Hale hijo, a la sazón distinguido antropólogo guatemalteco, el mismo de los misquitos y la revolución sandinista (*Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State*, 1994), reparó, como de pasada, en mi carácter de intelectual mestizo. Así, en castilla: intelectual y mestizo. . . “Cerote” de mí, yo una suerte de Mario Roberto Morales del Valle de Anáhuac. Que un modesto historiador mexicano amante del bolero fuera intelectual ya me pareció demasiado, pero fue lo de mestizo lo que revolvió el ánimo de las tertulias austinianas, mi conciencia y la del veterano historiador del liberalismo mexicano, don Charles.

Ni a mí ni a don Charles se nos hubiera ocurrido creer que soy otra cosa que mexicano, acaso malo y mal averiguado, o ingrato y pérfido, y por ello, de alguna forma que ni requiere mención, mestizo. Jamás ni a mí ni a alguien que lleva tantos años de estudiar a México se nos hubiera ocurrido lo de intelectual mestizo. La expresión producía la misma sensación que flotaría en el ambiente al oír la pregunta: “Y tú, intelectual mamífero, ¿qué opinas de...?”. Charlie, el que nos hablaba con ojos guatemaltecos, veía en la sorpresa de su padre y de su amigo la prueba irrefutable de que el mestizaje era y es una ideología de dominación racial tan poderosa que ni quienes la ejercemos nos damos cuenta. Cual un Monsieur Jourdain de un Molière antropólogo, yo hablaba mestizo sin darme cuenta. Conclusión: Guatemala enseña, con su crudeza, la verdad: el ser racial determina la conciencia.

Don Charles, liberal estadounidense y además mexicanista, halló el adjetivo no sólo inapropiado historiográficamente sino insultante, y conminó a su hijo a rectificar: en México no se habla así. Cual Habermas ranchero, don Charles veía

en el mito del mestizaje una suerte de patriotismo constitucional: orgullo de pertenecer a los arreglos políticos, escritos y no, que conlleva el ser México. Conclusión: México, a través de don Charles, enseña que hay una cierta y sana fortaleza en las mentiras de un proyecto nacional incorporacionista, asimilacionista.

Yo, en cambio, nunca me había sentido tan esclavo de mis genes. La de mestizo no era la posición política que yo había decidido mantener pero al ser reducido por los ojos antropológicos a mi mínima expresión genética, mi esencia racial resultó categórica. Una vez recuperado de la sorpresa, reparé en la lección que el destino quería darme: dos estadounidenses y un mexicano; uno de los estadounidenses un *New Dealer*, hijo del liberalismo demócrata de la mejor estirpe, heredero de William James, John Dewey, Louis Hartz, Frank Tannenbaum y Richard Hofstadter, pero capaz de ver con ojos mexicanos; el otro, pos *sixties*, revolucionario, activista, heredero de los sesenta, que va a caballo entre el culturalismo antropológico post-Boas, el marxismo y el pos marxismo, el debate canadiense del multiculturalismo a partir de la década de 1970 y el *identity politics* del Estados Unidos de la década de 1990 –de C. Wright Mills, C. Geertz, Marshall Sahlins a Michael Moore sin solución de continuidad–; un estudioso que, en fin, sabe ver con ojos guatemaltecos de una manera que ni yo ni don Charles podemos; y el mexicano, uno del Bajío y del altiplano, *baby boomer*, educado en universidades públicas mexicanas en la década de 1980, desencantado de utopías marxistas y liberales, prisionero atávico de una mezcla de Marta Harnecker, Carlos Monsiváis, Octavio Paz, Agustín Lara, Rigo Tovar y el *multikulti* pos 1989, y que ve bifocal, es decir, que sabe ver, “a qué negar”, con ojos gringos. ¿Qué lección hay que tomar?

¿El guatemaltecólogo ha de tomar, como los liberales guatemaltecos antes de 1954, la lección mexicana y debe superar las dicotomías liberalismo vs. multiculturalismo, ladino vs. indio, a través de un nacionalismo liberal incorporacionista con un mito fundador tan fuerte como el del mestizaje mexicano? ¿El mexicanólogo y el mexicano tienen que tomar la lección guatemalteca y aprender a desenmascarar sus mitos de dominación racial y sumarse al coro de la diversidad o a una u otra lucha identitaria? ¿O a los tres les concierne esta lección: no Guatemala, ni México, ni Estados Unidos, sino la larga e irreversible interacción entre los tres?

Tres visiones que son ellas mismas si y sólo si se da la interacción: el liberal que, por liberal, demócrata y estadounidense, encontró el mito de un liberalismo en México y que, al disecarlo y mostrarlo, lo reforzó como principio fundador del Estado y de la nación, como exitoso artilugio liberal; el estadounidense pos *sixties* que, por su experiencia académica y social en Estados Unidos y México, lleva la marca del mestizaje y los lentes bifocales (negro-blanco) a Guatemala, donde no había, por supuesto, que inventar la dicotomía, y que encuentra no la revolución socialista sino la brecha indio-ladino y que al encontrarla participa y continúa la dicotómica y racial existencia guatemalteca entre ladinos e indios dejando alguna utopía viva, aunque sea étnica. El mexicano, clasemediero chilango, agringado y desnaturalizado, que ni se traga el mito liberal mexicano ni se siente a gusto en la obsesión racial estadounidense, y que ve en Guatemala una contra-materia mexicana sobre qué hacer y qué no hacer; que ni quiere ni puede sentirse intelectual mestizo pero que toma el reto: ¿hay que hablar del tema de la raza a la mexicana, más allá del mito liberal mestizofílico y del *multikulti* gringo? ¿Cómo?

Ante todo, sin sostener purezas. Los académicos estadounidenses se “mexicanizan” o “aguatemaltequizan”. Sus objetos de estudio se agringan. Los intelectuales guatemaltecos, indígenas o no, conocen y viven cada vez más la discusión estadounidense, tanto como los catrines mexicanos cosmopolitas, los guerrilleros encapuchados o los innumerables emigrantes que van y vienen y que, en México, ya hablan de ser “hispanos” y “latinos”. También hace tiempo que el académico estadounidense ve a Guatemala, a México o a Brasil con ojos de movimiento racial *à la Américaine*, con una obsesión desmedida por la posibilidad de la pureza prístina, biológica, política, ideológica, con una especie de *saudade* anti modernizadora.

Propongo un cambio de ejes: no sólo México lindo y querido, no sólo México o el mundo desde Harvard, sino los tres, Guatemala, México y Estados Unidos, desde la innegable realidad: la integración humana, cultural y económica y los riesgos de convivencia que estamos corriendo al jugar el juego que todos jugamos. Así como vamos es muy probable que la próxima gran depresión estadounidense, que ya vendrá, o una inestabilidad social mexicana nos sorprendan con batallas nativistas.

No es de lamentarse y es cierto: ha fracasado el mito del mestizaje, entendido como un proyecto de nación y Estado, en México o Guatemala. El mestizaje no ha fallado como realidad empírica comprobable sino como mito unificador con alguna utilidad política o con capacidad de consenso y de beneficios sociales reales. Tampoco ha fracasado el mestizaje como una especie de culto a lo híbrido en los círculos académicos, especialmente en Estados Unidos. Pero tal culto tiene poca utilidad práctica y se acompaña de la creencia en cierta pureza étnica o racial y, sobre todo, se hace seguir de la fe en la diferencia civilizacional entre, por un lado, “Occidente” y, por otro, la llamada –precisamente por la diferencia civilizacional– “América Latina”.

En Guatemala y en México se cree con una fortaleza renovada no sólo en la existencia de la dicotomía “mundo indígena” vs. Estado nacional (ladino, mestizo); también se cree que el asunto reside entre una visión liberal-republicana de todos iguales ante la ley, todos mexicanos, todos guatemaltecos, y una versión u otra del multiculturalismo, como si el multiculturalismo no fuera otra vuelta de tuerca del nacionalismo, republicanismo y liberalismo que venimos masticando desde mediados del siglo XIX. En tanto, las constituciones y leyes de todo el continente han sido transformadas para incluir una u otra presentación de la diversidad cultural. Vivimos una especie de consenso en la necesidad del multi pero ¿qué es una cultura? ¿Una raza, una etnia, una historia? ¿Qué significado tiene lo multicultural a la luz de, por un lado, la miseria creciente de amplios sectores y, por otro, el crecimiento indudable de sociedades de consumo y los millones de emigrantes mexicanos y guatemaltecos a Estados Unidos?

Es claro que existen diferencias entre un mundo indígena y otro ladino, pero en México esta dicotomía, hasta hace apenas muy recientemente, vuelve a ser preeminente. En Guatemala puede decirse que siempre ha sido la trama central, pero uno se pregunta si no hay mayores y más importantes dicotomías, como la que señalara el antropólogo mexicano-guatemalteco Ramón González Ponciano: *chumos-nacos-hijos-de-la-gran-puta-salvatruchas* vs. gente decente, o la de los que se van (a Estados Unidos) y los que se quedan.

El mestizaje, como fenómeno social, es una realidad y una paradoja irresoluble. En cualquier sociedad, en cualquier momento, cuando el mestizaje es una verdad biológica, los genes tiritan: la especie, la nuestra o cualquiera, pide salvación. Ejemplo: Cataluña, caso que estudiosos como Will Kymlicka utilizan como emblemático de un buen nacionalismo liberal, cívico y no étnico. Cataluña, tierra de seis millones, ha recibido cerca de un millón de inmigrantes a lo largo de la última década. Y los nacionalismos catalanes, de derechas y de izquierdas, tratan de responder a lo que inevitablemente pasará y está pasando: la mezcla. Para el veterano *president* nacionalista y católico Jordi Pujol no hay de otra: el mestizaje es el fin de Cataluña. Para el dirigente de izquierdas, republicano e independentista, Josep-Lluís Carod-Rovira, la cosa no es muy diferente: Cataluña es una nacionalidad sitiada, lingüística, biológica y políticamente. En estas condiciones el mestizaje es el fin de Cataluña. El presidente socialista de la Generalitat, Pasqual Maragall, que en su haber quiere de dulce, de chile y de manteca, se queda en medio, aunque roce el absurdo: el mestizaje, *amb direcció*, es bueno. Es decir, el mestizaje es bueno si se controla la calidad y la cantidad de inmigrantes, y si se les *catalaniza*. Pero cuando el mestizaje se da, mala noticia, es incontrolable. Y cuando no se da, es una noticia peor: *apartheid*, segregación, racismo de un lado o de otro. Pero el mestizaje, lo que se dice mestizaje, no es ni bueno ni malo: es; hablar de dirección suena más propio de un pasaje del *Kamasutra*.

La crisis del mito del mestizaje mexicano, pues, no debe verse del lado racial: es antes que nada el atisbo que poco a poco anuncia la desnudez de la noción del Estado moderno. El mestizaje ha sido una realidad clara y evidente en toda sociedad humana, especialmente durante la modernidad. Entonces, la incorporación o no del mestizaje dentro de un proyecto nacional o identitario depende de las circunstancias locales, no de la existencia del mestizaje. Así, la crisis del mestizaje en México no significa que haya caído la luz a la primera generación Benetton, que, clarividente, ha desvelado el racismo que implicaba la idea del mestizaje controlada por el corrupto Estado pos revolucionario. Tampoco es un producto del neozapatismo surgido en 1994 ni de que el último *paper* pos esto y pos lo otro nos haya brindado “la neta”. Es, por un lado, que el mestizaje es un hecho tan grande como México y, por otro, que el Estado (cuyo argumento esencial de legitimidad en una sociedad desigual había sido el mestizaje) ya significa poco: ni la posibili-

dad de una casa, ni de un trabajo, ni de escuela, ni de acceso a la educación gratuita que garantice movilidad social, ni siquiera un mínimo de seguridad.

Se me dirá que siempre fue así para las comunidades indígenas. El mestizaje mexicano como ideología, sin embargo, no sólo mantuvo la idea de la asimilación y la igualdad más allá de la raza; también mantuvo, paradójicamente, la idea de la comunidad indígena prístina. Tal idea era conjeturable gracias a la ideología mestizofílica. No había orgullo en ser mestizos sin pasado indígena glorioso y sin la posibilidad de evocar la existencia, aunque fuera con orgullo meramente antropológico, de las “comunidades” indígenas. Durante décadas el nacionalismo mexicano pos revolucionario descansó sobre el mito del mestizaje, junto al de las comunidades indígenas unidas, puras, pobres, sí, pero parte integral del corporativismo del Estado y del alma nacional. Pero, sobre todo, el mestizaje no fue un mito unificador por ser una verdad absoluta –no nos volvimos iguales y no fue cierto que nadie volvió a reparar en colores de piel–, sino por dotar al Estado de un principio político que era, al mismo tiempo, una dirección intelectual para hechos consumados y un *wishful thinking*, como cualquier constitución a partir de 1776. El antropólogo brasileño-británico Peter Fry, en su autocrítica sobre sus visiones del mito de la democracia racial brasileña, lo puso así después de vivir y estudiar África:

Zimbabüe, Estados Unidos y Sudáfrica son herederos de siglos de segregación racial inscrita en la ley. Simplemente no consiguen siquiera imaginar un mundo donde la raza no tenga importancia. Permanecerán presos en los grilletes del pensamiento racista que les dio origen como naciones. ¿Brasil tiene que seguir el mismo camino? (...) Así como Gilberto Freyre y otros, me vi obligado a reconocer que “la democracia racial” es un valor importante que, ciertamente, no impide el racismo, pero que lo define como anatema. Pensé que, aunque el no-racismo nunca haya sido realizado en la práctica, era un patrimonio singular y preciado en un mundo cada vez más lacerado por el nacionalismo, por el fundamentalismo y por el racismo. En vez de declarar la democracia racial una farsa, comencé a entender que sería interesante pensarla como un ideal a ser alcanzado.

Es decir, si la raza es el problema, los mitos se vuelven importantes. También las políticas pasadas y presentes. Pero resulta que, a decir del antropólogo catalano-chiapeneco Miguel Lisbona, hoy podemos ser posmodernos y posnacionales,

pero no post-románticos: hijos multís del mismo Herder, esperanzados en identidades y autenticidades. El antropólogo guatemalteco por excelencia, don Richard Adams, a fines de la década de 1950, podía sostener, como innumerables antropólogos y economistas del desarrollo en Estados Unidos y Guatemala, que el destino de este último era la latinización. Tal proyecto no era guatemalteco o gringo: era Robert Redfield en México o en Guatemala, era México como paraíso mestizo y Brasil como democracia racial después de la catástrofe política, racial y moral que terminó en 1945. Pero también era un hecho: muchos indígenas se habían ladinizado a partir del capitalismo cafetalero y la incipiente industrialización. En 1982 Germán Arciniegas señalaba lo absurdo de la expresión América Latina, y que más correcto sería decir América Ladina o Ladinoamérica, pero se preguntaba, “¿quién asume el riesgo de semejantes expresiones?”.

En Guatemala, los movimientos indígenas a partir de la década de 1990 han denunciado el mestizaje como proyecto del Estado “hegemónico” ladino, uno que, a decir de don Demetrio Cojtí, “exige la exterminación de todas las nacionalidades no mestizas” (como si las hubiera). Varios intelectuales indígenas sostienen la necesidad de separación territorial y administrativa, al mismo tiempo que la igualdad de derechos, mestizos e indígenas. Así visto, el mestizaje parece enemigo de la autodeterminación y de la identidad indígena. El problema es que aun eliminando, si se pudiera, la ideología mestizofílica homogeneizante, aun logrando países multinacionales con derechos igualitarios, el mestizaje se daría, y cada vez más si es que se diera verdadera igualdad.

No hay que festejarlo, pero la ladinización fue y es un hecho. Se puede pensar, claro está, en la revancha. ¿Pero de quién? ¿De la autenticidad? ¿De los indígenas contra la elite ladina? ¿De los indígenas contra la elite indígena? Desde tiempos de las dos repúblicas, la de indios y la de españoles, hubo entre las elites indígenas el deseo de mantener su poder a través de sus servicios de intermediación entre la estructura de poder de la Corona y el universo local. El estudio de Greg Grandin sobre casi tres siglos de interacción de la elite indígena de Chela con la Corona y luego con el Estado guatemalteco muestra adaptación y lucha por privilegios locales, a veces con argumentos indianistas, otras con argumentos filo-guatemaltecos. En la Colonia y en el siglo XIX mucha ladinización fue una imposición de la modernización, basada en un Estado racista; pero otra ladinización fue lo

que los antropólogos norteamericanos llaman hoy, con orgullo indianista, *agency*: simple y llanamente libre albedrío de jugársela en la ciudad ante las limitantes de las condiciones locales. No se me mal interprete: la identidad no debe ser eso que se pierde cuando se accede a educación, oportunidades de trabajo, salud, justicia, bohemia, desorden urbano, sino la posibilidad de optar, de seguir siendo, de dejar de ser, de volverse, de mezclarse. Lo más importante para cualquier identidad es que sea posible y que sea una opción.

3

Aquí surge la tentación de explicar la diferencia entre México y Guatemala, el mestizaje vs. la supervivencia de poblaciones indígenas y de la dicotomía ladino-indígena. La historia intelectual del mestizaje mexicano corre paralela, curiosamente, a la del discurso guatemalteco de asimilación del indígena. *Los grandes problemas nacionales* (1909) de Molina Enríquez, *Forjando patria* (1916) de Manuel Gamio, *La raza cósmica* (1924) de José Vasconcelos y *El perfil del hombre y la cultura en México* (1938) de Samuel Ramos son producto de las mismas tres primeras décadas del siglo XX que van de los trabajos de Lorenzo Montúfar Rivera (un Justo Sierra chapín, liberal, positivista e igualmente partidario de la asimilación) a Miguel Ángel Asturias, Jorge García Granados, David Vela, Juárez Muñoz, Horacio Espinoza Altamirano o Jorge del Valle Matéu. *La raza cósmica* fue pensada a coro con *Sociología guatemalteca; el problema social del indio* (1923), de Asturias, y ofrece las mismas soluciones, en el mismo contexto xenófobo, no sólo frente a los indígenas sino también ante los chinos y negros en México y Guatemala. Gamio, como Asturias, también fue eugenista. Cuauhtémoc y Tucún Uman son héroes indígenas que entran al panteón nacional de manera similar y por los mismos años. *El indio guatemalteco. Ensayo de sociología nacionalista* (1931), de Juárez Muñoz, fue escrito incluso como un llamado a la pronta mestización de Guatemala en vista de la Revolución mexicana: lo que podía pasar. Y Jorge del Valle Matéu, a coro con Molina Enríquez, Gamio y Vasconcelos, veía que la Guatemala moderna sería mestiza o no sería: ni india, ni española, ni cosmopolita, y toda idealización del indígena sería una patria paralela. ¿Por qué entonces no pegó la mestizofilia como proyecto nacional en Guatemala y prevaleció la dicotomía indio vs. ladino?

El discurso es el mismo, los resultados son diferentes. El historiador Arturo Taracena cree que esta diferencia se debe a que en Guatemala el Estado creó y reprodujo la dicotomía indio-ladino: “Es decir, el Estado guatemalteco ha considerado que, mientras los indígenas insistan en ser y comportarse como etnia, serán considerados como grupos subordinados y, por lo tanto, susceptibles de ser segregados. Al mismo tiempo propone medidas para asimilarlos al proyecto nacional siempre que renuncien a su pertenencia étnica. Ese ha sido el dilema del Estado republicano guatemalteco hasta la fecha”. Como señala Ramón González Ponciano, este razonamiento implica que “han sido los indios los que han preferido seguir siendo indios”, lo cual no habla de un Leviatán poderoso cuyo éxito es la creación de la dicotomía indio-ladino, sino del fracaso de un Estado incluso en la modernización de la desigualdad. Sin embargo, como señala Taracena, fue sin duda la incapacidad o la falta de voluntad del débil Estado liberal lo que hizo, por un lado, impermeable la división indio-ladino y, por otro, inevitable y posible el surgimiento de movimientos panmayistas en el siglo XX.

Pero los historiadores han recurrido a otros factores para entender las diferencias entre México y Guatemala. James Lockhart dijo hace muchos años que la causa fue la ausencia de plata y de metales preciosos en Guatemala. Pero en realidad es un problema sin respuesta. Si por México se entiende al Bajío mexicano, en efecto la diferencia es notable. Pero si por México se entiende Oaxaca o Chiapas, la cosa es distinta. Los números no dicen mucho –más indígenas vs. menos, o menos proporción en el Estado nación–. Muchas cosas además de la plata y los números lo explican: por ejemplo, y aunque no se haya considerado mucho, la ausencia de “salvajes”. En México, una de las razones que llevó a la consolidación de elites indígenas y a su gradual asimilación en el sistema jerárquico español y nacional fue la existencia de una frontera de nómadas, sometida y conquistada, durante más de tres siglos, por “indios civilizados” que obtenían tierras y títulos por sus servicios. Los pueblos de indios, inconcebibles sin el influjo de la corona católica, se hicieron posibles como tales, como indios –una categoría antes inexistente– en el contexto de represión, asimilación, resistencia, colaboración y mezcla. No son quinientos años de una resistencia única e irrefrenable; son quinientos años de relaciones marcadas por abismales desigualdades sociales y raciales en las que es imposible encontrar identidades, poderes y debilidades que sean producto

de identidades preexistentes a esas relaciones. Y en estas relaciones la conquista de una frontera de naturaleza y de “salvajes” fue vital para la ciudadanización de la nobleza indígena y de las comunidades indígenas de México.

Otra explicación de la diferencia entre México y Guatemala es el fracaso de la República Centroamericana. México se pudo haber partido en muchas naciones: la República de Yucatán, la de Zacatecas o la que sí fue, la de Texas, aunque por escasos nueve años. Y el tamaño cuenta mucho, como se puede leer en cualquier teórico clásico del poder—de Aristóteles a Rousseau—. Era más fácil para una elite criolla de pocas familias controlar un espacio reducido que una nación de vastos territorios y de elites con muy distintos intereses. Así, para el México decimonónico la guerra de castas de Yucatán no significó el surgimiento de un Estado ladino espantado por el miedo al indígena. Localmente, en efecto, representó una fuerte unión de la elite criolla, dispuesta a otorgar su soberanía a cualquier Estado-nación, México o Estados Unidos, que los defendiera de la rebelión indígena. Para Guatemala, la guerra de castas mexicana fue una prueba de que había que mantener el control y la separación en la pequeña nación de unos cuantos criollos.

En México existió y existe la escisión indio-mestizo, pero no fue ni es claramente demarcable. Una buena parte de la estructura de dominación colonial fue mantenida por siglos por elites indígenas que mantuvieron su fidelidad a la corona con el fin de mantener su poder local. Varias de las rebeliones indígenas de fines del XIX en México fueron reprimidas, primero, por un presidente indígena, si se quiere ladinizado, y por tropas que incluían altos porcentajes de indígenas de diversas etnias. Las comunidades indígenas alrededor de la ciudad de México, como mostró Andrés Lira, no fueron sólo mestizadas o aniquiladas: fueron comidas por su propio éxito económico y político. Los indígenas de la sierra de Puebla tenían un cacique liberal aliado de Porfirio Díaz, y por ello obtuvieron beneficios. No fueron víctimas sino que su indianismo o republicanismo variaba de acuerdo con sus necesidades y poderes locales. Los indígenas de la zona de Papantla, en Veracruz, como ha mostrado Emilio Kourí, estuvieron lejos de constituir un frente indígena perfectamente definido y antagónico a las elites blancas de fines del XIX. Por el contrario, fueron los caciques indígenas locales los principales explotadores de la mano de obra indígena. Para Guatemala, Sonia Alda Mejías ha mostrado que las elites indígenas también participaron activamente en la formación de la repú-

blica guatemalteca, reproduciendo argumentos de desigualdad que favorecían su dominio local. Y Greg Grandin, viendo a Guatemala, ha matizado el populismo indiano de la historiadora Florencia Mallon, que encontrara por doquier en el México de fines del XIX proyectos alternativos de naciones “subalternas”: *“What [Mallon] describes as ‘popular nationalism’, I identify as nationalism of regional brokers, in important ways no less elitist than its Ladino counterpart”*.

En estos menesteres de raza parecería ser que la Revolución mexicana hizo la gran diferencia entre Guatemala y México. Pero ya el Porfiriato, no obstante su desigualdad racial, era muy distinto a la Guatemala de Justino Rufino Barrios: era más incorporacionista, más mestizofílico, retórica y prácticamente. En fin, las diferencias entre Guatemala y México son evidentes, pero no son tan fáciles de explicar históricamente, ni son sólo el hecho de una nación con revolución contra otra ladina que nunca fue derrotada por una revolución. Impensable fue en el siglo XIX un presidente indígena en Guatemala. Pero en México lo indígena del presidente no era lo importante. Algo había en los arreglos formales e informales que hacía que, si bien el presidente no ejerciera una neutralidad de clase, si mantuviera cierta indiferencia racial (excepto, claro está, para los viajeros y diplomáticos estadounidenses que nunca se cansaron de hacer constar el porcentaje de sangre india, negra y europea de los personajes mexicanos que encontraban). Pero, curiosamente, hoy es posible un primer presidente indígena en Guatemala, si bien es impensable un líder indígena, un intelectual indígena, de pipa y ojo claro. En ambos países, con todo, es inconcebible un líder indígena o un presidente como el Dr. Francia en el Paraguay pos independiente; es decir, un presidente o líder indígena que no se relacione con distintas instancias internacionales: ONGs, bancos, gobiernos, universidades... No porque lo que hoy se llama globalización haga esto inevitable sino porque siempre fue así. Durante siglos, mestizos, indios y criollos apelaban, no obstante sus diferencias, a los mismos universales: Dios y el rey.

4

Visto con ojos mexicanos, pero con el acento puesto en la historia de Guatemala, el mestizaje de México adquiere extrañeza, en su historia y en su crisis. Primero,

se revela como lo que es: una metáfora sexual que resulta, cual todo lo del deseo, irrefrenable. También, al ver el mestizaje mexicano con extrañeza, el de los otros se vuelve visible. Que don Richard Adams y el *mea culpa* de la izquierda guatemalteca hayan denunciado el mito de la ladinización y el mestizaje en Guatemala no borra el hecho: el avance de la industrialización, la agricultura de exportación y la urbanización han llevado a lo que Ramón González Ponciano llama “la patria del chumo” (en mexicano, chumo: naco). Y ello, como en México, no es ni bueno ni malo. Es. Guatemala, pues, sufrió mestizaje, y viéndolo bien, la mezcolanza ocurrió también en Estados Unidos, aunque ahí el factor negro es el eje que mantiene viva la posibilidad de pureza, de una manera irreproducible en Guatemala o México con las poblaciones de origen africano. Pero que no se olvide: lo latino de Latinoamérica, como lo mestizo, lo ladino o lo indígena en la identidad nacional de Guatemala o México, fue y siempre ha sido una manera de decir “No negro, no chino”.

Por su parte, en Estados Unidos la creciente clase media “hispana”, la continua e imparable mezcla entre mexicanos, guatemaltecos y salvadoreños entre sí y con ciudadanos norteamericanos de todo origen —excepto, casi siempre, afroamericanos— es una realidad que el multiculturalismo estadounidense oculta con la creencia en purezas culinarias e identitarias, y que estudiosos como Samuel Huntington tapan por temor a la raza: *the Hispanic challenge*. Estados Unidos es tan mestizo o más que México y, dígame lo que se diga, tiene poco de multi una sociedad de consumo como la norteamericana. El mercado, con callada mano, todo lo iguala.

El mestizaje en México ha sido tanto latinización, entendida como mezcla racial, como incorporación de sectores indígenas a un proyecto nacional, y ha sido tan real y poderoso como la transformación del país desde 1910 a, digamos, 1980: de un país de cerca de quince millones de habitantes, rurales en su mayoría, a una sociedad urbana de masas, rica pero inmensamente desigual, la novena o décima economía del mundo según quién hable. El México del siglo XXI tiene a casi todo el México de 1910 residiendo en Estados Unidos. Visto así, el mestizaje como realidad genética y social ya no es ni una hipótesis, ni un problema, ni una bendición. Es un hecho, en México, Guatemala, Estados Unidos y el Canadá multicultural que ha recibido, en proporción, más inmigrantes que Estados

Unidos. Un hecho que sólo se vuelve más real, muestra la historia, cuando aumentan las posibilidades de movilidad social y acceso a servicios, a menos que pensemos como los nacionalistas catalanes que el mestizaje es bueno en Nueva York, en Guate-mala o en la ciudad de México pero no en los altos de Chiapas, en Quetzaltenango o en Barcelona.

El auge y crisis del mestizaje mexicano obtiene su verdadero rostro frente a lo que éste fue en Guatemala y Estados Unidos; a saber, el mestizaje en México fue el otro nombre del surgimiento del segundo Estado mexicano: un Estado moderno, corporativista, un *welfare state*, lo mismo que intentó Guatemala en la Revolución de Octubre, lo mismo que fue a su manera el *New Deal*—menos exitoso que su contraparte mexicana en el plano racial—. Así visto, se entiende por qué tanto John Collier, jefe del buró de problemas indígenas durante el *New Deal*, como los creadores del Instituto Indigenista Nacional de Guatemala en 1945—de acuerdo al Congreso Indigenista Continental celebrado en Pátzcuaro en 1943—, o, a partir de 1954, el Seminario de Integración Social Guatemalteca, volvieron la vista a México. México no era el país mestizo—todos los países lo son—, era sencillamente el eje del movimiento mestizofílico indigenista continental en las décadas de 1940 y 1950. Y por buenas razones. Era un Estado benefactor no fascista, no comunista, como opinaba Frank Tannenbaum, que respondía a los problemas sociales y raciales partiendo del principio de que todos éramos mezcla. Esto no era un giro menor: hubiera sido equivalente en Estados Unidos no al reconocimiento y promoción de la multiculturalidad, sino a que Thomas Jefferson hubiese declarado a su descendencia, engendrada con su esclava negra, como los primeros “*real Americans*”.

De las dos repúblicas habsburgas, la de indios y la de españoles, de la fallida centralización y homogeneización borbona—que por primera vez ordenó la unificación lingüística y jurídica— México, como Guatemala, pasó al sueño republicano liberal de todos iguales bajo la ley, sin romper jamás con los privilegios de la criollada. Pero nunca, por racista que fuera, institucionalizó el racismo como en Estados Unidos. El México post-revolucionario pasó de ahí, del indigenismo de catrines de capital porfiriana, a la mestizofilia de un indigenismo sustentado por un Estado gradualmente más abarcador, un Estado que distribuyó la idea del mestizo como *lo mexicano*, y ello como respuesta a la desigualdad social y racial;

respuesta no sólo retórica sino tangible en escuelas, hospitales, corruptelas. Ser mestizo pegó como mito nacional no porque promoviera una igualdad verdadera sino porque tenía un contenido real: mestizo era el IMSS, el Infonavit, la SEP, la CTM, la UNAM, la posibilidad de sacar del Estado todo tipo de prebendas. No fue un total éxito, no. México no era democrático, pero experimentó el impulso de distribución del ingreso y el poder más impresionante no sólo de su historia sino de la historia de América durante toda su historia pre y pos colombina, proceso que a partir de la década de 1970 comenzó a revertirse. Hoy nos queda la mestizofilia como, digamos, el monumento a una amantísima madre mestiza al lado del Paseo de la Reforma en la ciudad de México: la reliquia de una era.

Por su parte, el fracaso de la mestizofilia guatemalteca no es una victoria ladina o indígena; no es siquiera el fracaso del mestizaje sino del Estado guatemalteco. Las recientes historias de las relaciones interétnicas en Guatemala ponen especial atención en el poder represivo, de clase y de etnia ladina, del Estado guatemalteco, el cual intentó, aunque no pudo, ser como el corrupto y corporativo Estado mexicano mestizofílico. Pero en estas historias, donde el Estado parece una entelequia débil, llena de contradicciones internas, incapaz de sostenerse por largo tiempo, entreverado con las contradicciones de la Guerra Fría, en estas historias, pues, el Estado, sin embargo, parece milagrosamente exitoso, un verdadero *Leviatán*, en lo que hace a mantener la dicotomía de ladinos e indígenas. Visto desde fuera de Guatemala, esto no parece el logro de un Estado ladino sino uno más de los fracasos de un Estado incapaz de proveer, ya fuera al indigenismo, a la ladinización o al mestizaje, de contenidos reales y claros en términos de bienestar y de distribución de la tierra, el poder, las oportunidades.

En Estados Unidos no es sino hasta bien entrada la década de 1960 que el mito fundador *tocquevilliano* logra responder a la desigualdad racial con contenidos reales. Durante todo el periodo de la Reconstrucción —la posguerra civil—, como han mostrado de distintas maneras los historiadores David Blight y Morton Keller, la reconciliación (por decirlo ya, el mestizaje sur-norte, con distintas oleadas de inmigración) significó el surgimiento de un verdadero Estado, gradualmente abarcador y poderoso, cuya secreta fórmula fue desciudadanizar legal e ilegalmente a los antiguos esclavos, a quienes el triunfo de un Estado nacional había por primera vez ciudadanizado. Es el surgimiento del Estado moderno estadou-

nidense el que libera a las poblaciones afroamericanas. Y es el poder del Estado federal y de los Estados locales, no sus debilidades, lo que logra desciudadanizarlos. La lucha de la década de 1960 por los derechos civiles, igualmente, no hubiera sido posible sin el poder del Estado federal que pasó, legal y militarmente, sobre el poder de los estados sureños. Hoy el Estado, como dice mi amigo Robin Kelly, no es para muchos habitantes de los ghettos afro-americanos de las ciudades estadounidenses, más que el *food stamp*, el maltrato policiaco y las cárceles (ahora muchas veces privatizadas).

Con todo, comparados con Guatemala, Estados Unidos y México parecen más exitosos, no porque sean democracias raciales sino porque, ante la historia de las décadas de 1980 y 1990, Guatemala aparece como el lugar al que México y Estados Unidos hubieran podido llegar de no ser por las mentiras y porquerías del desarrollo de modernos Estados corruptos y racistas.

La crisis de la mestizofilia mexicana también tiene otra cara vista desde el eje Guatemala. Como en Guatemala, hoy el mestizaje mexicano ha quedado pelón de contenidos y sólo es un mito racial y cultural. Si el Estado no garantiza un mínimo de movilidad social, aunque sea como distribución de la esperanza, de seguridad pública; si un Estado dentro del Estado, el narcotráfico, funciona mejor como vía de movilidad social e inclusive, en ciertas regiones, de dotación de servicios, y si millones de mexicanos trabajan protegidos o explotados por las estructuras del Estado estadounidense, ¿qué es el mito del mestizaje mexicano? Por ello, México y Guatemala se encuentran viviendo de las remesas. Una vez más, México y Guatemala, toda proporción guardada, son “para morir iguales”.

5

Guatemala es una lección impostergable para México. Los estudiosos extranjeros y nacionales debaten las características y causas de la violencia en Guatemala. La represión indiscriminada y racista del ejército guatemalteco no está en duda; lo que está por verse es la responsabilidad de las distintas izquierdas y cómo y cuándo participaron ciertos movimientos indígenas desde la década de 1970, ya con agenda de reivindicaciones de soberanía indígena, ya con ilusiones revolucionarias. Kay B. Warren y Charles R. Hale han reseñado esta búsqueda, la cual va de

los marxistas, que veían en cualquier reivindicación indígena una pre política, a la militancia indianista de los antropólogos post-marxistas (manera de salvar una última utopía), pasando por los que consideraban al movimiento indígena un factor pasivo entre dos fuegos.

Viéndolo al alimón con México y con las décadas entre 1980 y el 2000, podemos ver factores como el fin de la Guerra Fría, el colapso de la Unión Soviética, el pudrimiento moral y político de la Revolución cubana, el surgimiento de agendas identitarias en el Estados Unidos pos 1980 y de movimientos étnicos a raíz de la caída de viejos imperios y el desmantelamiento de los Estados benefactores. Y en este caldo de cultivo (es exagerado decirlo pero acaso no erróneo), en Guatemala, en Bolivia, en Ecuador, en Cataluña, en el País Vasco o en Chiapas surgen movimientos cuyas demandas básicas poco a poco se centran en marcas lingüísticas y étnicas. Ante este hecho, inclusive algunos teóricos canadienses del liberalismo multicultural han sostenido un *mea culpa* por haber sustentado en la década de 1970 que las identidades culturales acabarían por volverse parte del marco privado en una existencia cívica liberal. Y en nuestra era identitaria todo parece tan claro: son quinientos años de opresión, es la Guatemala ladina cuestionada por el proyecto liberador de un movimiento maya aparentemente homogéneo y que una vez que establezca un poder étnico hará desaparecer la desigualdad racial, de la misma forma que la dictadura del proletariado no era en verdad dictadura. Todo esto ocurre, curiosamente, en las décadas de mayor democracia que han vivido España, México y Guatemala en los últimos doscientos años.

En verdad, las identidades étnicas o culturales existen, mueren, nacen, desaparecen, resisten, se mezclan o mueren a lo largo de la historia y son o no son el centro de una arena política dependiendo de las circunstancias. Pareciera ser que mientras el Estado tiene menos que ofrecer y menos manera de satisfacer demandas sociales como acceso a poder, trabajo, servicios, educación, seguridad y justicia, la identidad se convierte en el centro de las demandas políticas (México y Guatemala pos 1989). El polo opuesto también es cierto: cuando el Estado consigue consensuar y distribuir riqueza de manera amplia, cuando se logran subir los índices de participación democrática y los estándares de vida, cuando quedan pocas cosas básicas que pedir, la identidad se vuelve también una mercancía distintiva (Cataluña y el País Vasco).

La Historia toda enseña que la identidad es un imán peligroso para la política. Guatemala muestra, frente a México, una fortaleza increíble de su movimiento maya, con todas sus divisiones y problemas. La relación cultura-costumbres-etnia-terrazas-territorio parece perfectamente establecida en Guatemala. En verdad es mucho más complicado, pues la territorialidad de lo étnico, o lo etnicidad del territorio, ya no está tan clara si consideramos las relaciones de clase en la ciudad de Guatemala, donde lo étnico de la pobreza y la opresión no es cristalino, o si consideramos las poblaciones emigrantes a Estados Unidos y sus efectos culturales y económicos allá y en Guatemala. Pero en una nación que ha mantenido lo indio y ladino como realidad básica, y la idea de que hay un territorio que corresponde a una etnia, parece posible un partido político indígena. En México, crisis del mestizaje aparte, etnia y territorio hace mucho que no están tan claros. La nación es un territorio mítico y físico más grande que la imaginación geográfica de la lucha de identidades (la idea es de Fernando Escalante). En Estados Unidos la política puede ser retóricamente la de identidades, sin riesgos más que esporádicos de tumultos aquí y allá, y una guerra perenne en los guetos, verdaderos territorios étnicos en la nación partida por *the color line*. Pero la política es canalizada por un sistema burocrático relativamente legítimo y funcional de distribución de justicia y movilidad social. Hay peligro, pero contenido, en jugar a las identidades, o hay pocos riesgos, como los que corre una Canadá, pionera del marco legal del multiculturalismo.

Un imaginario presidente democrático de una Guatemala prospera puede ser indígena, pero su política sólo podría ser secundariamente marcada por la idea de identidad étnica, y por ello inevitablemente será acusado de traidor. Un presidente indígena de una república pobre, y que construya la república indígena, no será tildado de traidor pero juega con fuego. Creo que nunca la identidad es buen centro de la arena política, pero menos todavía en medio de la desigualdad y la pobreza de México y Guatemala.

6

La identidad no puede ser, en Estados tan pobres y desiguales, la bandera central. Es justa la revancha, pero hay que seguir engañando al corazón: en la revancha

nadie vive. Las discusiones sobre la memoria y los acuerdos de paz y reconciliación en Guatemala son, como he dicho, una lección para México. Mas no porque debamos esperar en México el surgimiento de un partido “étnico”, o porque México debiera seguir la senda de Guatemala en la militancia étnica, ya como sentido de culpa ladino o como orgullo maya o nahuatl. No. Si los colegas guatemaltecos me perdonan, ahí es adonde México no debe ir. Tampoco a un *multikulti* a la gringa, pues no tenemos un Estado que otorgue la seguridad y las oportunidades de tal forma que el mercado *multikulti* sea cuestión de opciones identitarias sin consecuencias violentas. ¿Qué queda? Como Guatemala, aceptar que en México hay problemas de raza y que se ha agotado la fórmula del mestizaje como ideología igualitaria. Lo que sigue no es buscar la patria verdadera, el México profundo, sino inventar futuros donde la mercancía identidad sea, uno, posible y real y, dos, no el centro de la arena política. Y aquí es donde la ideología del mestizaje aparece como un elemento a tener en cuenta, no tan fácilmente desechable. ¿Es posible negar el mestizaje? ¿Es posible renunciar a él ante la reciente racialización de la política?

El latinoamericanismo norteamericano, los historiadores, antropólogos, intelectuales y activistas de Guatemala y México, seguiremos bregando con nuestros pleitos domésticos y nuestros lugares comunes. Pero hay una escala de las cosas que debemos empezar a considerar como agenda de futuro: no hay tres futuros, uno para México, otro para Estados Unidos y otro para Guatemala y Centroamérica. Hay uno sólo para los tres. No hay futuro posible basado en revanchas o proyectos étnicos en ninguno de los tres países, ni tampoco lo hay en mantener la distancia “civilizacional” entre un mundo anglo y occidental y otro opuesto por ser o indígena o híbrido o “latino”. Estamos juntos para bien y para mal.

El futuro del *identity politics* y los avatares sociales en Estados Unidos no sólo afectarán a vastos sectores de población guatemalteca y mexicana en Estados Unidos; el *identity politics* también se verá marcado por las acciones, tamaños y destinos de estas poblaciones en Estados Unidos y en sus respectivos países. Además, los movimientos sociales, indígenas y no, ya están claramente vinculados con los bamboleos políticos e intelectuales del gobierno, las universidades, la inteligencia y las ONGs de Estados Unidos. Hay que acortar la distancia civilizacional —la idea de que hay una ontología anglo y otra latina o indígena—, la cual con incansable asiduidad ha mantenido, de un lado, una especie de perenne exotismo

estadounidense frente a México y Guatemala y, del otro, un ramplón antiamericanismo del *literati* guatemalteco y mexicano. Quizá el cambio de escala ayude.

Pensemos a una escala mayor que, aunque parece inalcanzable, ya existe en las calles de Los Ángeles o de Chicago. Embarquémonos en la larga y penosa creación de una nueva idea que ni borre naciones ni pleitos identitarios pero que haga posible otra escala de las cosas, que dé nuevas oportunidades a las posibilidades identitarias locales y tome al toro por los cuernos; de Canadá a Centroamérica, al menos, el futuro es conjunto: imaginemos las instituciones que sustenten este futuro común, y al hacerlo iniciemos un círculo de problemas distintos, riesgoso, sí, pero una opción nueva para la solución de las desigualdades sociales y raciales que nos aquejan. Esta escala es impensable sin la aceptación del mestizaje como una realidad, aunque éste esté carente hoy de una definición ética y política más allá de sus connotaciones raciales.

Los debates y luchas locales, la memoria y el olvido, adquirirán un marco de referencia distinto si el ojo se pone, por ejemplo, en el logro de metas de estado de derecho, de distribución de la riqueza y democracia a nivel de toda la región. Las identidades importan pero adquieren relatividad si resulta imposible la pureza, nacional, étnica, genética, cultural. Si esta relatividad identitaria se acompañara de un proyecto de ciudadanía de toda la región, esto llevaría, acaso, a una estabilidad política de la misma fortaleza, pero en sentido contrario a la de las políticas de la Guerra Fría que llevaron a todo presidente de Estados Unidos a ser priísta y también a dictaduras militares y golpes de Estado en Guatemala. Ésta era y sigue siendo nuestra única manera de estar juntos. Invirtamos la polaridad, pero usemos esta energía: hagamos un plan de décadas de integración ciudadana regional en el que la prosperidad de todos sea la mejor seguridad y el mejor negocio, la mejor posibilidad de un mercado identitario. No menos fue, por ejemplo, lo que llevó al éxito del proyecto identitario catalán de la década de 1980 y 1990: el cambio de mira, a saber, Europa.

Y tomemos la responsabilidad que nos corresponde, al menos a los intelectuales y académicos sin poder para tomar decisiones políticas de alto nivel. El principal obstáculo para presentar estas ideas “locas” no es la historia –somos la misma historia–. El obstáculo es el prejuicio racial y civilizacional que historiadores y antropólogos, de izquierdas y derechas, hemos mantenido, ora defendiendo teo-

rías de modernización, ora como intelectuales orgánicos de nuevas utopías indígenas, ora defendiendo la existencia del México mestizo que es, ya sabemos, sublimemente distinto y mejor que Estados Unidos. Derrotar a la raza como nuestra atávica conciencia, de eso se trataría.

Una región unida más allá de mercados, una ciudadanía conjunta, tendría que ser la postrera marca que en esta época podemos dejar de nuestra supuesta tolerancia. El *multikulti* norteamericano y canadiense otorgaría una cierta experiencia institucional, mientras la experiencia guatemalteca invita a balancear ese *multikulti* al mostrar las debilidades de un mercado identitario sostenido en la miseria y los excesos a que se puede llegar si se marca y se remarca la raza y no se llena de contenidos económicos y sociales la oferta de tolerancia del Estado. Cada país podría mantener sus prejuicios y sus sentidos identitarios, pero en un contexto institucional claro; y no es ni siquiera necesario pensar en que debemos convivir: ya convivimos, ya las remesas son casi la principal fuente de ingresos en México y Guatemala.

El latinoamericanismo norteamericano podría empezar a formar una corriente de opinión en su propio país que relativizara las diferencias civilizacionales e hiciera posible ya no el sueño identitario y racial de toda la vida. Así, para ellos y ellas, Guatemala y México no serían más *field work* sino parte de su presente y su futuro. Disminuiría la fascinación por la violencia, tan común en el latinoamericanismo estadounidense, y verían, quizá, las luchas por derechos indígenas no como la defensa de tradiciones y valores que su mundo, el de los latinoamericanistas, ha perdido, sino como la batalla por su ciudadanía, la de ellos, la de los latinoamericanistas estadounidenses, que sería la misma que la de los indígenas guatemaltecos, mexicanos o canadienses. Hay que crear una corriente de opinión que haga pensable otro escenario identitario en Estados Unidos, México y Guatemala y, por qué no, el primer gran plan Marshall a varios años para llevar a toda la región a mínimos de seguridad, bienestar, educación, justicia. Un futuro que, sin duda, roza los límites de nuestra actual imaginación histórica y política, y por ello difícil y arriesgado; pero un futuro trabajado, una agenda intelectual elegida. Más de lo mismo me parece poco, pero sobre todo peligroso.

Negar la importancia de la raza en el presente continental es un absurdo intelectual y político. Tampoco se esperan mejores escenarios si se siguen reforzando

las cruzadas étnicas, reales o teóricas, ya sea a través de miedos nativistas o de certezas raciales en Estados Unidos, o a través del multiculturalismo, que asume y necesita la creencia de que el ser racial determina la conciencia y la felicidad. No me parece una mala opción repensar el mestizaje continentalmente, no como un argumento racista o a-racial, sino, primero, como una realidad innegable y, segundo, como una estrategia modesta y provisional para relativizar las obsesiones raciales que nos habitan. Mestizaje no para negar identidades sino para pactar socialmente. Un pacto social mantenido con nuevas y sólidas instituciones locales, nacionales y continentales que garanticen derechos y ciudadanía; un pacto social que acepte nuestra penosa e inevitable racialización, pero que regrese el debate al cauce del “*I have a dream*”, hoy perdido en la maraña de reivindicaciones étnicas.

El futuro es mestizo porque es futuro. No hay otro. Dotémoslo de contenido. Lo que no es futuro es una ideología mestizofílica pensada ora como la gradual homogenización étnica o cultural sin ningún contenido de bienestar social, ora como el adorno indispensable para un mercado identitario mantenido en total y absoluta desigualdad económica. Tampoco es futuro el cultivo constante de las diferencias civilizacionales en una región cuyos destinos ya son uno. Que la mestiza o el mestizo que vengan puedan ser, si quieren, maya o ladino, pero que en la elección no les vaya ni la violencia ni los mínimos de bienestar.

Empero, hoy en día el ser racial determina la conciencia, y lo que hasta aquí he sostenido será considerado, seguramente, el regurgitar mestizo del intelectual que se quiso mamífero. Tengo para mí que, no bien brota de su manantial, el agua ya es mestiza. Sean éstas, pues, las divagaciones del intelectual mestizo, que en mestizo vira el que duda. ❧

LECTURAS.

Aguilar Rivera, José Antonio, *El sonido y la furia: la persuasión multicultural en México y Estados Unidos*, México, Santillana Ediciones Generales, 2004.

Arciniegas, Germán, *América Ladina*, México, FCE, 1993.

Arenas Bianchi, Clara, Charles R. Hale y Gustavo Palma Murga (coordinadores), *¿Racismo en Guatemala?: abriendo debate sobre un tema tabú*, Guatemala, Asociación para el Avance

- de las Ciencias Sociales en Guatemala, 1999. (Especialmente los ensayos de Marta Elena Casaus Arzu, Charles Hale, Ramón González Ponciano y Demetrio Cojtí.)
- Bartra, Roger, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993.
- Blight, David W., *Race and Reunion. The Civil War in American Memory*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- Casaus Aarhus, Marta (coordinadora), *Historia intelectual de Guatemala*, Ciudad Universitaria, Guatemala, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2001.
- Casaus Arzu, Marta, *Guatemala: linaje y racismo*, San José, Costa Rica, FLACSO, 1992.
- Cojtí Cuxil, Demetrio, *Políticas para la reivindicación de los mayas de hoy (fundamento de los Derechos Específicos del Pueblo Maya)*, Guatemala, Cholsamaj, 1994.
- Et.al.*, *De la etnia a la nación: sobre la identidad nacional, base necesaria en la construcción de la paz y la democracia en Guatemala*, Guatemala, AVANSCO, 1996.
- Euraque, Darío, Charles R. Hale y Jeffrey L. Gould (coordinadores), *Memorias del mestizaje: cultura política en Centroamérica de 1920 al presente*, Guatemala, CIRMA, 2004.
- Fry, Peter, *A persistencia da raça. Ensayos antropológicos sobre o Brasil e a África austral*, Sao Paulo, Civilização Brasileira, 2005.
- Fisher, Edgard F. y R. McKenna Brown (coordinadores), *Maya Cultural Activism in Guatemala*, Austin, Texas University Press, 1996 (especialmente los ensayos de Demetrio Cojtí y Enrique Sam Colop).
- González Ponciano, Jorge Ramón, *De la Patria del Criollo a la Patria del Shumo: Whiteness and the Criminalization of the Dark Plebeian in Modern Guatemala*, tesis de doctorado, University of Texas, Austin, 2005.
- Grandin, Greg, *The Blood of Guatemala: a History of Race and Nation*, Durham, Duke University Press, 2000.
- Hale, Charles A., *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*, New Haven, Yale University Press, 1968.
- Hale, Charles A., *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989.
- Hale, Charles R., *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987*, Stanford, Stanford University Press, 1994.
- Hale, Charles R., *Más que un indio, More than an Indian*.
- Hollinger, David, *Postethnic America: Beyond Multiculturalism*, Nueva York, 1995.

- Keller, Morton, *Affairs of State: Public Life in Late Nineteenth Century America*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1977.
- Kouri, Emilio, *A Pueblo Divided: Business, Property, and Community in Papantla*, México, Stanford, Stanford University Press, 2004.
- Kymlicka, Will, *Can liberal Pluralism be Exported?: Western Political Theory and Ethnic Relations in Eastern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
- Kymlicka, Will, *Liberalism, Community, and Culture*, Oxford, Oxford University Press, 1989.
- Lebot, Yvon, *La guerre en terre maya: communaute, violence et modernité au Guatemala (1970-1992)*, París, Karthala, 1992.
- Lisbona Guillén, Miguel, “La paradoja que no cesa: cultura, multiculturalismo y ciudadanía”, trabajo presentado en el coloquio *México-Guatemala. Estado y Ciudadanía*, organizado por PROIMMSE, UNAM, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, agosto 24-25, 2005.
- Tannenbaum, Frank, *The Future of Democracy in Latin America. Essays*, recogidos por y con introducción de Joseph Maier y Richard W. Weatherhead, Nueva York, Knopf, 1974.
- Taracena Arriola, Arturo (coordinador), *Etnicidad, estado y nación en Guatemala*, 3 vols., Guatemala, CIRMA, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 2002-2003.
- Taracena Arriola, Arturo, *Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena: Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1850*, Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, San José, Costa Rica, Porvenir, 1997.
- Telles, Edward Eric, *Race in Another America: the Significance of Skin Color in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 2004.
- Warren, Kay B., *Indigenous Movements and their Critics: Pan-Maya Activism in Guatemala*, Princeton, Princeton University Press, 1998.